

**PEQUEÑA SEMBLANZA DE MIGUEL SANCHEZ-
MAZAS EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE**
*(A portrait of Miguel Sánchez-Mazas
in the first anniversary of his death)*

Carlos PARIS*

Recibido: 1996.3.26.

* Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía, Universidad Autónoma de Madrid,
Campus de Cantoblanco, 28049 Madrid.

BIBLID [ISSN 0495-4548 (1996) Vol. 11: No 26; p. 5-11]

Fué Miguel Sánchez-Mazas, a lo largo de su vida, víctima de muchas injusticias, que afrontó, sin embargo, en actitud opuesta a todo victimismo, no sólo con estoico orgullo e indiferencia, sino con el sentido del humor, la alegría y la vitalidad que siempre le caracterizaron. Las primeras de estas injusticias no dejaban de tener su lógica; una lógica sórdida, la propia de una dictadura, que trataba de amordazar toda voz de protesta, y ante la cual muy pronto se levantó Miguel. El encarcelamiento, el proceso y el largo exilio fueron las consecuencias de tal rebeldía. Pero, luego, tras la muerte del dictador vinieron nuevas injusticias. Porque Miguel no alcanzó el reconocimiento ni jugó el papel político, intelectual y académico, que le correspondía en nuestra democracia. Y ello no deja de ser inquietante, en cuanto revela no ya el despotismo de un régimen autocrático oficialmente fenecido, sino la huella de mezquindad y oportunismo con que tal régimen, potenciando nuestro viejo "cainismo", marcó a nuestra sociedad, determinando -junto a otras causas- la mediocridad de nuestra actual democracia.

Pero la mayor de las injusticias que Miguel, ciertamente, padeció fué la de su muerte, segando una vida, que no había perdido el impulso juvenil, a pesar de haber dejado cronológicamente la juventud ya muy atrás. Porque, si toda muerte es una injusticia para la capacidad humana de infinitud, para el "hambre de inmortalidad" que proclamaba nuestro don Miguel, si representa la antiutopía como decía Blóch, más aún lo es cuando la vida está llena de esperanza y de proyecto. Y tal era el caso de Miguel.

Todo lo cual no quiere decir que Miguel no deje, en todo caso, tras sí una obra decisiva personal -la más creativa e importante en el terreno de la lógica que se ha producido en España desde García Bacca-, un conjunto de realizaciones

en marcha y una trayectoria, que siempre nos servirá de estímulo y ejemplo luminoso. Lo que ocurre es que nunca reposaba Miguel en la satisfacción del trabajo ya realizado, por muy logrado que éste resultara, su impulso incansable le llevaba siempre más allá, renaciendo, como el ave Fénix, a partir de todas las dificultades y obstáculos con que hubo de encontrarse. Y por eso había mucho que esperar todavía, tanto de su creación personal, como de su capacidad de organización y movilización que, admirablemente, nunca le abandonó. Pues el veía el desarrollo de la racionalidad y el cultivo de la investigación, no sólo como tarea individual sino como empresa socialmente necesaria.

I

La racionalidad y la pasión más viva se aliaban en el carácter de Miguel Sánchez-Mazas y fueron las dos grandes fuerzas dinamizadoras de su vida y su obra. No yuxtapuestas, sino profundamente unidas, porque, más exactamente, podríamos decir que era la pasión por la razón, aquello que le habitaba y movía. Muy lejos de una fría racionalidad era Miguel no sólo apasionado -y aquí podríamos señalar la coincidencia con otros grandes matemáticos- sino incluso desmesurado. Cuando trabajaba se entregaba de tal manera, que podía olvidarse de comer y de dormir. Son muchas las anécdotas que en estos momentos asaltan mi memoria, al evocar en múltiples aspectos esta pasional desmesura del viejo amigo. Recuerdo una ocasión en que, por un pique con otro no menos loco argentino de origen vasco, Burundarena, recorrió 112 kms. de una tirada. Y contaba Miguel cómo, al entrar en Madrid, detuvo, salvado el desafío, el primer tranvía que encontró y era tal su aspecto y fueron tan lentos y trabajosos sus pasos hasta él, que el madrileño conductor le preguntó si venía de la Luna, con lo cual Miguel se convirtió en precursor de los viajes espaciales. Y conservo aún la imagen de Miguel, cuando en una excursión a la Sierra de Guadarrama, se calzó por primera vez unos esquís, y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanzó, ante el asombro general, ladera abajo, por una pendiente, además, cubierta de pinos entre los cuales le vimos con pasmo y terror desaparecer, describiendo extrañas curvas para recuperarlo, después, afortunadamente sin lesión alguna.

Y esta voluntad que se proponía las tareas más variadas sin reparar en obstáculos es la que mostró al sacar adelante la revista *Theoria*, con tan escasos medios. En solitario, sin más ayuda que la de su siempre fiel y entusiasta compañera, María Luisa Cutanda, pues por aquella sazón yo, aun siendo cofundador y subdirector de la revista, poco podía ayudar desde Santiago, donde estrenaba mi cátedra. Y ellos dos no solo organizaban y programaban los números, sino que atendían a todos los trabajos de composición, llevaban la amplia correspondencia y carretaban los paquetes a Correos. Y era muy de ver el entusiasmo con que Miguel presentaba y difundía la revista en los Congresos Internacionales en que muy pronto empezamos a participar, dando a conocer

nuestro pensamiento. Así se pudo mantener durante unos años aquella expresión de un nuevo estilo de pensar en que la filosofía se relacionaba con la ciencia, rompiendo no solo con el escolasticismo vigente, sino con la tendencia escasamente científica de nuestra tradición filosófica en España.

Vivimos por aquellos años en el ámbito, intelectual y político en que Miguel y yo nos movíamos, el de la tertulia Gambrinus y el de los Grupos de Agitación Hispánica -nacidos por iniciativa de José Luis Rubio para combatir en solidaridad con América Latina el imperialismo, y animadores, después, de la Asociación Cultural Iberoamericana- una exaltación de la locura unamuniana y quijotesca. Son los tiempos que he evocado en mi novela "Bajo constelaciones burlonas". Divididos los ambientes intelectuales juveniles, al mirar hacia atrás, entre orteguianos y unamunianos, nosotros exaltábamos la figura del pensador vasco. Y la verdad es que, sin una cierta locura, no resultaba posible, no sólo arrojar pendiente abajo sobre la nieve sin saber esquiar, sino lanzarse -además con ambición creadora- por las sendas del pensamiento científico, cuando encontrar un ejemplar del *Tractatus* de Wittgenstein en Madrid era quimérica empresa.

Pero, hablando de la locura quijotesca, habría que precisar algo respecto a la de Miguel, sellada por su optimismo rayano en la ingenuidad. Y es que, si don Quijote veía gigantes donde no había sino cotidianos molinos, Miguel, en cambio allí donde se erguían verdaderos gigantes no veía sino modestos molinos y donde se encontraban ejércitos no imaginaba sino rebaños. Es decir, en vez de magnificar su esfuerzo -no buscaba que su nombre quedara inscrito en el libro de la fama, aunque bien lo merecía- despreciaba y desvalorizaba las dificultades. Y por ello las acometía con resolución pero sin dar importancia a su empeño. Al modo de tantos ilustres, pero no reconocidos héroes de nuestra historia, más cervantinos que quijotescos. Y al modo anadiría -Miguel era, junto a su herencia italiana, mitad vasco y mitad extremeño- de nuestros locos conquistadores y navegantes a quienes nada se les hacía imposible.

II

Este carácter apasionado de Miguel se proyectó en el mundo íntimo, personal. En su pasión afectiva y su fidelidad a los más próximos, a su familia, en primer lugar, a María Luisa y a sus hijos, también a sus amigos. En sus relaciones de amistad, lealmente mantenidas toda la vida, especialmente con Francisco Pérez Navarro y conmigo, desde que formamos el "triumvirato mundial", razonablemente convencidos de que tres humanos bien unidos -como he descrito en "Bajo constelaciones burlonas"- podrían dominar a todos los demás, encerrados en su atomismo individualista. Dominio que desgraciadamente no se realizó y así anda de descaminado y ensombrecido nuestro mundo de hoy.

Eran, en efecto, para nosotros, aquellos, tiempos festivos de innumerables bromas y de ilusión. Como las que dieron a luz a la "Universidad Libre de

Gambrinus", eximio título de la tertulia -antes aludida- que en la cervecería de tal nombre creamos los del triunvirato mundial, con José María Valverde, Víctor Sánchez de Zavala y otros -entre los que después se contó Martín Santos-aburridos de la insoportable Universidad de la época. Y en la que iniciamos, entusiasmados por la revolución científica que transformaba, tanto la imagen del mundo como la de la razón humana, nuestro filosofar. Y cuyo escudo fue una jarra de cerveza sobre la cual campeaba una solemne "h", símbolo tanto de la constante de Planck, como de la cotidiana indeterminación que vulgarmente expresamos diciendo de algo no precisado "llámalo h".

Y es a las pasiones públicas, que van asomando, de Miguel a las que querría especialmente referirme. A su pasión por el pensamiento matemático, lógico, filosófico -términos todos para él profundamente unidos- y a su pasión por la política. Es decir a su pasión por la verdad y por la justicia. Y ambas entendidas no sólo en estrecho lazo sino dialéctica, superadoramente. Porque la verdad era para Miguel una verdad creadora, imaginativa, más allá de su mera reducción a la crasa experiencia, tal como entendía la ciencia desde la matemática. Y la justicia no era tampoco la mera administración del mundo dado, sino la utopía, la ambición de crear otro mundo a la altura de las posibilidades humanas.

Esta pasión simultánea por la razón y por el perfeccionamiento del mundo ha sido muy propia también de otros grandes matemáticos. Con facilidad viene a las mentes de quien se haya asomado a la historia de las matemáticas la figura de Evariste Galois, dejándonos, en la última noche de su vida, antes de morir trágicamente a los veinte años, su memoria que fundamentó la teoría de los grupos y su escrito a los republicanos de todo el mundo. En España podríamos recordar a Flores de Lemus o a Gallego Díaz, entre otros hombres de izquierda, reprimidos por la dictadura. Y es que el rigor, la pureza y la creatividad del pensamiento matemático no pueden dejar de proyectarse, en quien lo cultiva con lucidez y sensibilidad social, más allá de la torre de marfil, en la exigencia radical de un mundo también más racional, más limpio, más justo y creador.

III

Y ello nos lleva a glosar el talante matemático de Miguel, tan peculiar. Muchas veces se ha distinguido en el reino de los cultivadores de la matemática entre "geómetras" y "analistas". Yo creo que Miguel unía ambas disposiciones. Un espíritu intuitivo, geométrico, que en él se acentuaba estéticamente, con la profunda sensibilidad para lo bello y armonioso que Miguel poseía. Era en sus primeros tiempos su entusiasmo con la "proporción áurea", con la cual curiosamente se diseñó la revista *Alcalá*, en que muchos colaboramos por aquella época. Después sus estudios sobre el "poliedro imposible" que tan bellamente recoge en relación además, con la utopía científica y tecnológica en la ponencia que desarrolló en el Congreso que se me dedicó hace unos años y que él inauguró. Es un escrito extraordinario y generoso de Miguel que no puedo olvidar y que

pronto verá la luz pública en las Actas correspondientes. Alguna vez Miguel me relató los sueños que en ocasiones le asaltaban y en que veía luminosas formas plenas de belleza, jugando sobre fondos musicales.

El papel de la intuición estética en la creación matemática fue ya señalado por Poincaré, entre otros alltores, como hoy día Penrose. Pero es aquel que animó, como destacaba Pierre Boutroux a la matemática griega, impulsándola y limitándola al par. Aquí, quizá Miguel daba muestras de un talante clásico, equilibrado con su fáustica, más bien celtibérica y vasca desmesura. Talante sedimentado en su herencia italiana y cultivado en sus entusiastas estancias en Italia, alguna de las cuales compartimos.

Pero Miguel poseía también fuertes tendencias analíticas. A ellas responde, en medida decisiva, su trabajo creador en la lógica de la comprensión y en la lógica de las normas. Su esfuerzo de reconstrucción del pensamiento desde la aritmetización. Y en él despunta su entusiasmo por Leibniz, también doblemente sensible al análisis y a la visión de un mundo estético. A la armonía y a la reestructuración del lenguaje y el pensamiento humanos. Y que no dejó de soñar, tampoco, en un universo social armonioso y unido.

IV

Ahora bien, para que tanto el pensamiento como la praxis desplieguen la plenitud de sus posibilidades, para que cumplan su auténtica función es necesario trascender el mundo dado. Es preciso remontarse más allá de él con el alado vuelo de la imaginación creadora. Levantarse a nuevos universos de relaciones y formas matemáticas. No otra cosa ha hecho la matemática moderna desde el pasado siglo, para descubrir, después, que tales especulaciones, aquello que parecían juegos caprichosos nos permiten apresar la más auténtica y profunda realidad, cuando transcendemos el universo usual, de las dimensiones medias y enfrentamos los mundos de lo infinitamente inmenso en la relatividad y de lo infinitamente pequeño en el orbe cuántico.

Este doble juego de creación imaginativa y de regreso sobre lo real para completarlo con los ojos enriquecidos por el descubrimiento de lo posible, que la historia de la ciencia nos enseña, era capital para Miguel Sánchez-Mazas. Se podría decir que hundía sus raíces en su propio carácter. En su gozo lúdico, al ejercitar la imaginación hasta el disparate, por una parte, en su amor a la realidad, por otra, a los paisajes que recorríamos incansables en largas andanzas, y a las gentes, a los seres humanos. Así entendía Miguel la matemática y el conocimiento científico, como una aventura creadora y recreadora en el horizonte inagotable de la realidad y de nuestro espíritu. Nada más alejado del craso empirismo, que ha dominado algunas direcciones dogmáticas de la filosofía de la ciencia y que tardíamente se difundió, años después de *Theoria*, en nuestro país. Pero, además, encontraba aquí Miguel un modelo para la visión de la política. También en el universo humano es menester elevar nuestra mirada

hacia el descubrimiento de otra sociedad más altamente realizadora. Una sociedad en que sin discriminaciones ni injusticias, como Miguel proclama en la ponencia a que antes he aludido, nuestras potencialidades se alumbren. ¿Cómo vamos a descalificar la utopía, cual pretende el actual conformismo, si vemos cómo sólo trascendiendo el mundo es posible entenderlo y recrearlo? Tanto el mundo físico como el de los seres humanos.

Así es como Miguel vivió la empresa política. Con un profundo sentido ético y con una visión no meramente gestora de la política, sino ambiciosamente emancipatoria. Y, añadamos, siempre con un fuerte sentido de independencia desde sus arraigadas y no claudicantes convicciones. Algo muy poco frecuente en estos mediocres tiempos. En que Miguel hubo de enfrentarse al oportunismo y posibilismo de tan cortos vuelos de sus correligionarios. Y a las generalizadas frustraciones de nuestra tan cacareada transición democrática.

Al salir de España y exiliarse escogió Miguel la militancia en el PSOE como vía de su integración política. Era el ideal de un socialismo democrático el que le animaba. Pero, cuando regresó, con la mayor ilusión a España, ni el renovado PSOE y sus camarillas se percataron del gran valor que suponía Miguel Sánchez-Mazas en sus filas, ni Miguel aceptó las claudicaciones que marcaron la política del Partido Socialista y sus gobiernos, tanto en política internacional, con la permanencia de España en la OTAN, como en la política económica y social, enfrentada con los sindicatos.

Y es que el regreso de Miguel a España fue, ciertamente, duro. Pródigo de decepciones y, como al principio he señalado, de injusticias. En que la falta del reconocimiento público que su valía merecía dañó mucho más a las posibilidades de nuestra vida intelectual, política y académica que a su propia persona, modesta y estoicamente indiferente al halago y la vanidad. Pero, entre otras injusticias menores, en que en esta ocasión no me voy a detener, no querría dejar de recordar -y seguir denunciando- la tan flagrante que representó el rechazo de su primera propuesta para su nombramiento de Catedrático por vía extraordinaria. Recordemos, ahora que tantas veces se nos quiere contar una historia de la transición, al uso de ciertos intereses, como ocurrieron las cosas. En los principios de la transición, con la voluntad de enriquecer nuestra Universidad, incorporando figuras ausentes de ella por el exilio interior o exterior -aunque alguno de los efectivamente incorporados no hubiera sufrido ninguno de ambos exilios- se hizo una propuesta de diez personalidades por diversas universidades españolas. El Consejo de Rectores a la sazón existente y aun mayoritariamente buen heredero del franquismo, cortó por lo sano y eliminó a las cinco personas que poseían antecedentes izquierdistas. Curiosamente aquellas para quienes la operación tenía mayor sentido. Eran, justamente, Miguel Sánchez-Mazas, Manuel Castells, Carlos Castilla del Pino, Manuel Sacristán y José Vidal. Y, por cierto, ninguna de las honorables personalidades liberales aceptadas por el Consejo de Rectores ante tal discriminación realizó el más mínimo gesto de protesta y solidaridad con los excluidos, incorporándose felices a sus cátedras.

En el acto de protesta que contra tal arbitrariedad se hizo volví a encontrarme con Francisco Pérez Navarro, el otro miembro del juvenil "trunvirato mundial", a quien por su residencia en Inglaterra, hacía largos años que no veía. Y me relató cómo militaba en el Partido Comunista por aquellas tierras, congratulándose de que yo estuviera en el Partido Comunista de España y tras el largo tiempo transcurrido el destino volviera a unirnos en la denuncia de las múltiples injusticias de nuestro mundo actual.

Afortunadamente tal rechazo momentáneo no impidió la posterior incorporación a la Universidad de los discriminados. En el caso de Miguel a la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, donde volvió a lanzar *Theoria* e inició la fecunda actividad de sus últimos años. Pero, ciertamente, Miguel vivió el destino doloroso de tantos grandes españoles, mordidos por la mezquindad y la envidia cainita de una sociedad que aúpa mediocres y se complace, tantas veces, en devorar a sus mejores hijos. Los cuales no dejaron, sin embargo, de amar a su país y a sus gentes. Y contemplar con animosa sonrisa la injusticia padecida, sin cesar en sus mejores empeños.

Desgraciadamente, volviendo al principio de estas líneas, a Miguel le llegó la última e irreparable injusticia, la de la muerte. Fué una muerte, sosegada, dulce, en pleno sueño. Antes he recordado los hermosos sueños llenos de armonía y formas estéticas, que alguna vez, me había confesado Miguel. Me gustaría pensar que fué en medio de uno de tales sueños, cuando nos abandonó. Nos abandonó físicamente, porque su imagen, su ejemplo y su legado siguen vivos entre nosotros.